

Amor sostenido en el tiempo

Edgar Petrovich

Amor sostenido en el tiempo



XEHCNOM

Capítulo 1

Amor sostenido en el tiempo

Eran las 07:30 del día domingo, otra vez Oscar abrió los ojos antes que el despertador sonara.

Era el aparatoso sonido de algún autobús maltrecho pasando con prisa lo que lo despertaba, o tal vez esas eternas obras distantes que trataban de avanzar mientras la ciudad seguía descansando, pero no importaba, hacía tiempo que la rutina del primer día comenzaba de la misma manera para él; con un pie adelante del reloj despertador.

Cierto aire de nostalgia lo acompañaba en aquella mañana, una sensación de anhelo lejano por volver atrás. No supo despegar su cuerpo de la cama y quedó como en otras mañanas mirando las cortinas con salientes haces de brillante luz, pensando en la nada y en todo, agudizando su oído para dejarse llevar por el canto agradable de un Mirlo, que ya en ese momento, después de tantas mañanas, era su melodía matutina.

El canto cercano le recordó a una vieja canción que decía *All your life, you were only waiting for this moment to arise*.

La noche fue corta, pero de horas largas, de esas noches donde no se duerme nada y el tic tac del tiempo tiene un compás más lento de lo habitual, ideal para expresar un sentir con suspiros, pudiendo hablar con uno mismo sin decir nada, alejando la realidad hasta quedar aislado en un mundo de preguntas sin respuestas, deseando y soñando, al mismo tiempo de estar estancado con un nudo de emociones en la garganta. Conocida sensación que invadía a Oscar cuando en su cama retumbaba el recuerdo tangible de una risa inocente que no quería olvidar.

En el suelo había ropas esparcidas... el caos que representaba la antesala de un viaje distante que el hombre debía hacer, pero del que no estaba muy seguro de querer hacerlo. Habían pasado 12 años desde que la suerte, o el infortunio, lo sacó de su tierra con aquella esperanza de comenzar de nuevo.

Se levantó pausadamente después de escurrir la lágrima solitaria que caía sobre su rostro, el pitido repetitivo de la alarma despertador lo regresó a la realidad, se le estaba haciendo tarde para salir a ningún lugar. Metódico y organizado, sabía que rompía con todas sus reglas haciendo poco caso al ambiente desordenado del departamento, moviéndose entre las cosas que dejó tirado para llegar hasta la ducha que sentía precisar.

Bajo el agua caliente, y con el baño cubierto en vapor, se tomó un tiempo para repasar mentalmente que todo, ubicación de documentos y parte del

equipaje, esté a mano para recuperar los minutos que gastó viviendo otra vez un sueño despierto. Se tomó un café a medio calentar y encendió el televisor, no para informarse de cómo andaban las cosas por la ciudad, si no para tener la compañía de una voz cualquiera mientras acomodaba lo que debía llevar y trataba de dejar en orden el lugar.

No tenía mucho que preparar, total unos cuantos días no demandaría la necesidad de rebuscar en el pequeño departamento lo poco que precisaría para visitar a sus padres, además, sentía que todo aquello que podría necesitar durante su estadía lo encontraría allá. Tomó su teléfono conectado al tomacorriente junto al televisor y pidió un taxi, con el hablar pausado indicó su dirección referenciando el viejo teatro que tenía frente a su departamento y escuchó con alivio la respuesta del operador de la estación advirtiéndole que el conductor estaría frente a su casa en unos 10 minutos. Usó el tiempo que le quedaba para asegurarse de que nada olvidaba, colocó su maleta mal asegurada junto a la puerta entreabierta y ya de salida se percató que sobre su mesa de trabajo, junto a su viejo reloj de pulsera, se encontraba un obsequio que le habían hecho hace muchos años, una pequeña piedra de río de color verde blanquecina, ya pulida con el tiempo por todo el uso que le dio, un amuleto personal para esos momentos donde el futuro le daba miedo, y vaya que tuvo muchos de esos momentos.

Tomó el reloj y la pequeña piedra, lo guardó en el bolsillo del gabán que vestía y caminó hasta la entrada del departamento para esperar su transporte. El vehículo no tardó en llegar, pero al menos le dio tiempo para despedirse a lo lejos de su único amigo en la cuadra, quien como cada domingo se levantó temprano para regar las flores del jardín de su mujer.

El ingreso de Oscar al taxi fue abrupto, como si no se percatara de que el auto no fuese suyo, se acomodó sin saludar y antes de darse cuenta de que ya estaba en el lugar de pasajero el conductor aceleró sin destino.

- Al aeropuerto, por favor – Dijo Oscar con tono algo desalentado
- Las rutas directas al aeropuerto están colapsadas, pero conozco unos atajos que podrían ayudar si está apurado, Señor – respondió el taxista
- Está bien, vayamos por donde considere mejor, el apuro no es amigo de nadie – dijo el hombre ya con mayor calma

El momento resultó un poco incómodo para los dos, para Oscar porque reconoció su falta de amabilidad y no supo revertir rápido su actuar, para el conductor porque notó las ansias de su pasajero a través del espejo retrovisor.

La radio se encendió y el chofer dejó sonando una canción tranquila tratando de calmar al hombre que llevaba. Don't let me down repetía la canción que se apagaba mientras terminaba. Oscar observaba los edificios altos de la ciudad y asimilaba aquella música con sensaciones de momentos vividos lo hacían sentir vivo aun cuando solo se trataba de recuerdos. Le era imposible no volver atrás con la melodía que se acababa, e intentaba retenerla en su cabeza como queriendo rescatar alguna emoción pasada.

- ¿Viaje laboral? Señor – preguntó el taxista en un esfuerzo por conectar con su pasajero

Luego de un breve silencio Oscar sonrió y respondió

- No, más bien un viaje familiar. Voy de visita a la casa de mis padres.

De nuevo el silencio fue protagonista, pero el hombre se animó a decir más aun sabiendo que no estaba obligado a establecer un diálogo con su conductor.

- Es la primera vez en doce años que vuelvo a mi país. Ya hace bastante tiempo que no veo a mis familiares, amigos, la ciudad donde crecí, ¿Estoy aterrado? Si, lo estoy. – dijo el Oscar y apretó con fuerza la piedra que llevaba en el bolsillo.

- Es difícil salir y alejarse de casa ¿no? – manifestó el conductor mientras mantenía las manos firmes sobre el volante para no causar ninguna distracción.

- A veces lo difícil es volver ¿No crees? – Respondió pausadamente Oscar – Llevar dentro de uno la idea de algo o alguien sin tener en cuenta que el tiempo hizo su trabajo ¿Me comprende? No voy a encontrarme con las mismas personas, ni con las mismas calles, ni con las mismas sensaciones, tal vez hasta me sienta perdido en ese mundo nuevo que me espera.

- Disculpe que disiente con usted, Señor – Dijo el conductor – Claramente ni todos mis viajes juntos podrán igualar al que va a realizar, pero estoy completamente seguro de que he vivido más tiempo que usted, y si algo me pudo quedar claro entre tantas idas y vueltas de vida, es que un sentimiento no conoce de tiempo, ni distancia. Es cierto, podemos cambiar, todo a nuestro alrededor puede cambiar, pero un sentimiento real nace para ser eterno, no muere, ni por más que pasen mil años – hizo una pausa y continuó – Tal vez sea el motivo por la cual vuelva, porque sabe que allá o donde fuera que vaya, sin importar que hayan pasado unos días, meses o muchos años, va sentirse en casa cuando lo

abrace la sensación que nada de lo que fue o lo sintió real, se perdió.

Las palabras de aquel hombre anciano calaron hondo en el pecho de Oscar, sabía que aunque pasaron 12 años desde la última vez que sus pies pisaron el suelo de su tierra, muchos de sus sentimientos seguían vivos como aquel día en que se fue.

Mientras el vehículo seguía avanzando a través del caótico tráfico, el espacio dentro del auto permanecía sereno, el leve sonido del motor en marcha y las melodías de las canciones que pasaban por la radio crearon el ambiente para que Oscar repose sus sentimientos en las palabras de su conductor. Recordó a una antigua novia quien le había dicho entre abrazos, después de no haberse visto por un largo tiempo, que nada había cambiado, y fue verdad, nada los había cambiado. Era eso lo que su compañero de viaje le estaba expresando. El silencio de dos cuerpos no calla el grito de los sentimientos, y basta solo un segundo para que dos corazones que se aman laten en la misma melodía sin importar cuánto tiempo lleven separados. En el verso de una canción redujo todo aquello que estaba pensando *You're asking me will my love grow, i don't know, i don't know*. Ciertamente eso sentía, nunca supo proteger el amor de quien consideró la mujer de su vida, pero estaba seguro de que fue real y seguía ahí.

En medio del trance en el que se encontraba Oscar el taxi frenó de golpe y el conductor avisó que habían llegado a destino. El hombre pagó y se despidió agradecido, pero en su salida el chofer quiso regalarle un último consejo sabiendo que la probabilidad de hablar de vuelta con el joven señor, era de uno en quince millones.

- Sea lo que fuese que le da miedo encontrar allá, nada será más terrible que vivir soñando lejos de lo que realmente quiere. Y no pienses en el tiempo, porque el gran momento de su vida no tiene fecha ni hora, estará ahí adelante esperando a explotar en el tiempo correcto.

Oscar agradeció con una son sonrisa y se alejó maniobrando como podía su maleta. Al poco tiempo de ingresar al aeropuerto los parlantes del edificio indicaron la pronta salida de su vuelo. Se apresuró a llegar a la isla de abordaje, rebuscando en su mochila de mano los documentos y el pasaje. Miró fotos viejas que guardaba en la billetera, detalles pequeños que le hacían sentir cerca de eso que le hace bien. Una foto de poco color con varios amigos, la captura de alegrías que parecían pasajeras pero que después de todo le seguía sacando sonrisas a la distancia, su viejo perro blanco que fue su compañero en los momentos de mayores aventuras de su juventud, y la foto recortada de esas corridas de domingos por la mañana que hacía solo por diversión sin saber que le sumaron muchas de las mejores mañanas de su vida. Quedó pensando en si al volver a encontrarse con esas personas el momento seguiría teniendo el mismo sentido que sus recuerdos, pero no se dejó llevar por las ansias de querer

acelerar el tiempo para llegar allí. Subió al avión dejando atrás un largo suspiro, convencido de que el sueño que no logró concebir la noche anterior lo mantendría dormido las 9 horas de vuelo de vuelta a su casa. Su asiento era el 26B, ventanilla, lo cual le parecía perfecto para distraer la mirada en la nada, por si las horas en el avión se hicieran largas, solo pedía tener un viaje tranquilo sin ningún tipo de molestia vecina. El motor del avión se puso en marcha, el aviso tácito del momento antes del despegue y en su fila no había ninguna otra persona sentada. Pensó que viajaría solo, pues desde ese país muy pocos van hasta el suyo por vuelo directo. Se acomodó colocándose una almohadilla inflable de esas que se usan para el cuello con toda la intención de rendirse ante el sueño. Con los ojos ya cerrados, esperando el momento del despegue, sintió que alguien acomodaba sus bolsas justo a su lado, una señora de aproximadamente su edad, evidentemente disgustada por el retraso que tuvo, con una mano trataba de alojar su bolso en el espacio entre los asientos y con el brazo sostenía a un niño pequeño que no llegaba al año de nacido.

- Disculpe – dijo la señora – No fue mi intención despertarlo

Oscar no respondió, extendió la mano y ayudó a acomodar la cartera de la agitada mujer.

- Y también me disculpo de antemano – Siguió la mujer- Es el primer viaje de Ramiro, mi hijo, y no sé cómo va a manejarlo.

- No se preocupe – respondió Oscar – No creo que un ser tan pequeño pueda causar alguna molestia que no pueda tolerar.

- Muchas gracias – replicó la mujer ya sentada en su lugar – Aunque no tiene idea de cómo suele ponerse cuando alguna situación no es de su agrado, es algo nervioso... pero no lo culpo, nuestros días son bastantes agitados, yendo de acá para allá solos, pero aun con todas las falencias cotidianas que podemos tener es mi compañero, mi campeón – siguió la mujer mientras acariciaba las mejillas de su hijo.

- ¿Usted tiene hijos? – Preguntó

- ¿Hijos? – Contestó Oscar con tono sumiso – No, no tengo hijos, pero amé a muchos niños como tal, si eso sirve... entre ellos sobrinos – La voz del hombre se hacía pesada, como no queriendo hablar de eso. Sintió escuchar la melodía de una canción que afirma en sus letras *Living is easy with eyes closed*. Se encerró en el recuerdo de haber abrazado a un pequeño niño hasta quedar dormido con él. El adjetivo de campeón, que la mujer había utilizado con su hijo, era el mismo calificativo que usó Oscar con el niño que amó. Sus piernas temblaban como las alas del avión al rememorar a aquel bebé con él, y aunque no fue por mucho tiempo, los momentos vividos se hacían presentes en su memoria con intensidad.

Vivir es fácil con los ojos cerrados, como si Oscar pudiera sepultar todo aquello que sintió al saber que su voz era reconocida y respondida con la sonrisa inocente del recién. Las nubes blancas y el azul del cielo le recordaron esos días en los que su firmamento se pintaba del mismo color cuando sabía que iba a pasar tiempo con el pequeño, lo extraña, bastante y todos los días, pero desde que partió no se animó a buscar de vuelta ese amor que creía que no le pertenecía.

La mujer notó tristeza en la mirada del hombre, pero no quiso adentrarse en el tema temiendo estar tocando un punto frágil para Oscar. Agradeció de vuelta el gesto solidario de ayuda que tuvo con ella y se acomodó los auriculares tratando de aprovechar el tiempo para ella en lo que su hijo quedaba dormido. Oscar sonrió y permaneció mirando a través de la ventanilla del avión hasta lograr su primer plan, quedar dormido.

El vuelo se hizo corto, como cuando las horas se aceleran mientras esperamos a no llegar a cierto momento, no hubo llantos ni gritos en el asiento de su compañera de viaje, y el chillido del caucho de las ruedas al aterrizar sobre el asfalto despertaron todos los sentidos de Oscar en una reacción de curiosidad temerosa. Sabía que en la sala de desembarque estaría su familia esperando por él, trató de verse calmado aunque sudada y la cara de pánico lo delataban en su encuentro con la familia que sentía que desconocería.

Durante el proceso de ingreso al país despidió a sus compañeros de vuelo, deseándoles una buena estadía y un regreso igual de tranquilo que al viaje de ida, se quedó mirando a la mujer que llevaba la energía turbulenta de un amor único de cerca de un año que dormía en sus brazos, recargando su alma y corazón para enfrentar todo lo que la vida tuviera preparado para ambos

Flores, globos y un cartel de bienvenida hecha a mano por sus sobrinos lo esperaban junto a rostros llenos de lágrimas de alegría, los abrazos que no esperaba lo llevaron de vuelta a sentirse un niño, se sintió seguro rodeado de ese calor único, de esos olores que reviven recuerdos, y de esas voces que tanto extrañaba, tantas emociones que hicieron que deje de lado el tiempo que pasó para volver ser el mismo de siempre con juegos y bromas que nunca se perdieron entre ellos.

El viaje hasta la casa de sus padres se volvió un interrogatorio divertido, hablando de las cosas que pasó, que descubrió y vivió lejos de su casa, y poniéndose al tanto con chismes que eran tan bien contados por su hermano mayor.

Así se enteró que Ariel, el viejo carpintero de la cuadra, se había ganado la lotería y había fundado un empresa de comida vegetariana, que el señor y la señora Laterra se habían separado después de haber sido tantos años consejeros matrimoniales de la iglesia, y que Carmen, una prima lejana, había vuelto al país luego de su aventura como profesora de

español en Japón con una esposa de nombre Akira.

Oscar sintió estar viviendo cada historia detallada contada por su hermano, pero aun así se sentía lejos de saber las cosas que a él en lo fondo le emocionaban. ¿Seguiría estando ahí los bancos bajo los faroles de la plaza donde tantas tardes vio el atardecer junto a su perro? ¿Seguiría su vieja firma en grafiti sobre la pared del colegio donde terminó sus estudios? ¿Seguiría abierto el copetín de Don Rafael dónde iba a ver los partidos de fútbol de su club y analizaba con el dueño las jugadas de cada partido hasta cerca de la medianoche?

Pedazos de su vida que aunque para el resto del mundo no tuviera importancia para él representaban lugares que contaban mucho mejor su pasado que cualquier otra cosa, y deseaba volver allí.

Se acomodó en su antigua pieza, un desconocido rincón con nuevos muebles, nueva vista desde la ventana, y nuevos colores en sus paredes, caminó lento por el lugar intentando ponerse en sintonía con la fría habitación.

¿Qué queda de lo que fue? ¿Cuántos sueños atravesaron este mismo techo con la motivación de una canción? ¿Soy igual o también cambié? – Se preguntaba Oscar mirando con distancia la nueva cara de su antigua pieza, al menos seguía ahí parte de lo que había sido su antiguo ropero de madera chapada, los cajones sobre el piso se veían maltratados por humedad, y las manijas del mueble fueron improvisados con un pedazo de cuerda.

Abrió los cajones y encontró muchas cosas que ya había olvidado que había dejado; un libro con cuentos nacionales, un cangrejo de juguete de esos que vienen dentro de las cajas de comida rápida, muchos apuntes en formato de poemas que se perdieron en el tiempo, un libro con dibujos para colorear que nunca había terminado.

Su madre entró a la pieza sin hacer ruido, sabía que su hijo estaba haciendo de ese tiempo su momento, se acercó hasta quedar a un paso de él.

- No quise tirar las cosas que dejaste, algunas objetos si se perdieron porque tu papá se encargó de tirarlos, pero los que pude guardar, los guardé – Dijo la madre en un intento de animar a su hijo

- ¿Por qué los guardaste? – Preguntó Oscar

- Los guardaste durante varios años, y no quise borrar tu esencia sin tu permiso. Pasaba mucho tiempo aquí en los primeros años después de que te fuiste para sentirte cerca, y me pasaba horas mirando tus objetos tratando de entender por qué elegiste conservarlos contigo, yo soy cachivachera, por ese lado podría entenderte, pero a diferencia vos guardabas objetos al azar como yo, desde chico te marcaron las

emociones, y guardabas todo aquello que querías conservar como recuerdo tangible de lo que viviste. Por eso quise guardar las cosas que pude, sé que te siguen importando de igual manera aunque haya pasado más de 10 años desde la última vez que los viste.

Oscar quedó sonriendo con el concepto sentimental de su madre, que aunque no se sentía definido de esa misma manera, no podía negar que aquellos objetos le traían recuerdos de momentos que fueron como tocar el cielo con emociones cuando los vivió.

- Allí en aquel placar, en los módulos de arriba hay algunas cosas más, creo que son tuyas, porque tu hermano también dejó propios recuerdos por acá pensando que tu pieza sería un depósito común – continuó su madre

Oscar extendió sus brazos para abrir los cajones, entre cosas amontonadas llenas de polvo sobresalía una especie de fuente de madera, lo reconoció de inmediato porque aún llevaba el listón azul que sujetaba el envoltorio con el que le habían regalado, llevaba a un lado la inscripción “Te amo” en grabados quemados sobre la madera, sopló sobre su superficie para limpiarlo un poco, lo sostuvo sobre sus manos mientras se sentaba en la cama junto a su mamá.

- ¿Es tuyo eso? – Preguntó la señora – Creí que era de tu hermano, por suerte no lo tiré entonces – remató

- Si, fue un regalo para mí, por mi cumpleaños número 28... me lo regaló María – Dijo el hombre, tratando de parecer indiferente

- Que tierno - dijo la madre – Yo hace mucho no sé de ella, hablamos en algunas ocasiones por cosas que ya no recuerdo, y luego de un tiempo me enteré que se había casado, su hijo debe estar ya muy grande ¿Cuántos años Oscar?

¿10 años? Es igual de hermoso que ella.

- No sé mamá – Dijo Oscar mientras dejaba el viejo regalo en mismo lugar del que sacó, y se retiraba de la pieza con la cabeza mirando al piso

- ¿A dónde vas? – Fue consultado Oscar – Tus tíos están viniendo para cenar juntos, abajo te queremos mostrar las fotos de los viajes que hicimos, el cumpleaños Pablo, y el casamiento de Sebastián.

- Voy a dar una vuelta – Dijo Oscar

Bajó por las escaleras sin pisar fuerte, no quería que algunos de sus hermanos lo atajaran en su huida para hablar de las cosas que sucedieron durante su ausencia, cruzó la sala familiar que aún se veía de la misma

manera desde hace 12 años, con un par de fotos nuevas colgadas en la pared. Se sentía muy cansado, pero a la vez con la energía suficiente para mirar en lo que su ciudad se había transformado, era excusa perfecta, claro, pero en realidad no quería estar encerrado después de haber despertado esas emociones que pensaba que ya las había descartado.

Encendió un cigarrillo y caminó a lo largo de la cuadra, se cruzó con viejos vecinos al avanzar pero el ritmo de la rutina de cada uno hizo que Oscar pase desapercibido al pasar junto a ellos. Fue hasta la plaza con los bancos bajo los grandes faroles, pero en su lugar se levantaba un alto condominio, lamentó no haber disfrutado más tiempo la última vez que se sentó allí con sus amigos, pero al menos los dueños de la construcción dejaron en el jardín delantero réplicas de los bancos para, posiblemente, caer en gracia con los vecinos del lugar que por mucho tiempo fueron habitués de esa plaza. Oscar se sentó como tantas veces mirando al horizonte donde se ponía el sol, era claro que se había convertido en un lugar diferente, las risas con los amigos se convirtieron en sonidos muertos de autos que entraban y salían de lugar, la complicidad de tomar algunas cervezas a escondidas se transformó en el lento caminar de personas de avanzada edad que ahora vivían en el lugar, en esencia todo seguía ahí, aunque a simple vista era irreconocible. Estaba terminando su cigarrillo cuando una anciana pidió permiso para sentarse a su lado

- ¿No le agradaría al apuesto joven la compañía de una bonita señorita? – Ironizó la señora

- Para nada – Dijo Oscar – Es más, como hace tiempo no vengo por aquí me serviría que alguien local me cuente todo lo que pasó con mi viejo barrio

- Las cosas ya no son como antes ¿No es cierto? Hasta habiendo vivido toda mi vida aquí soy capaz de reconocer el cambio por los que pasamos durante los últimos años. – Suspiró la señora – Al final solo parece que el mundo que creamos para nosotros es el que queda, no estos edificios.- Se detuvo un momento y continuó - Si, mi casa podría volverse un regalo para mis nietos, o para sus hijos, pero para a mí vale más el recuerdo del frondoso mango que había en el fondo de la plaza donde veía a mis hijos jugar desde la llegada de la escuela hasta la hora de la cena ¿Sabés a lo que me refiero? Si tienes hijos sé que lo sabrás. Momentos que ellos nunca sabrán que los hiciste eternos, rutinas que te las sabías de memoria, o simplemente ser testigo de la felicidad de otra persona... ese es el mundo que creamos para nosotros y en el que acabamos muriendo. Nada más tiene que importarte que construir día a día ese mundo... ¿Cómo vas con eso? – preguntó la señora

- No muy bien que digamos – Dijo Oscar con cierta vergüenza – Creo que pasé los últimos años construyendo mi mundo con sueños lejanos – Quedó un rato en silencio y prosiguió - ¿Alguna vez rompiste un corazón

con tanta fuerza que mataste tu felicidad?

- No creo que alguien pueda ser capaz de eso, primero porque lo que se ama no se daña, y segundo, porque nada puede prohibirte ser feliz otra vez. No creas que mi corazón no tiene cicatrices... las tiene, pero aun así puedo decir que la balanza de mi vida se inclina con saldo positivo con todo lo que a pesar de mis dolores viví.

Osar quedó pensando por un momento y respondió

- Siempre tratamos de vivir bajo ese paraguas imaginario en el que "a pesar de todo" podemos estar bien... y yo no quiero una vida del cual solo salga conforme, quiero poder decir que viví la vida que quise, aunque esté lleno de sueños.

- No no no no – contestó rápido la señora pisando la última sentencia de Oscar – Podemos vivir de los recuerdos, recuerdo todos los días a mi querido Juan, hace más de 20 años que me cuida desde el cielo, pero no podés dejar que la vida pase a través de un sueño, un recuerdo significa que viviste, que sentiste, que un segundo de este viaje pasajero lo hiciste tuyo, en cambio los sueños que se alimentan de simples deseos son para personas con miedo, y la vida no está hecha para tenerle miedo, la vida está hecha para enfrentarla cada día, para ganar una eternidad de momentos irrepetibles, para descubrir que no hay imposibles y para aprender que nada se pierde, si no que muta a otro estado.

- Tengo recuerdos, pero no me bastan y ya no sé si tenga tiempo como para enfrentar el fantasma de un pasado que lleva años sin querer salirse de mi vida.

- Querido, si me hablas de algo presente entonces no te estés refiriendo a ello como algo pasado. Sí, habrás peleado por ya no llevarlo contigo, y hasta por momentos habrás sentido que lo habías olvidado, pero si sigue dentro de tu corazón, aunque duela o pese, es algo que deberías considerar enfrentar, capaz no sea tan duro como lo imaginas o tal vez deberías aprender a Adiós para poderlo soltar, porque desde lo que creo, con todo respeto, si sigue ahí es porque le das lugar, pero no tendrías que quedarte con el imaginario donde la vida real no pasa solo por quedarte aferrado a sueños que llegarán. Tómalo así; pudiste fallar, pudiste herir, pudiste engañar, hasta no dudo que lo hayas hecho, pero todavía lo puedes arreglar, y no para estar bien con el corazón que lastimaste, si no para poderte perdonar. Muchas veces nos lastimamos a nosotros mismos por el miedo a liberar al perdonarnos, pero estarás bien, y comenzarás a sentir todo de nuevo, y de mejor manera.

El hombre quedo mudo, parecía revivir en las palabras de aquella anciana incontables citas con su terapeuta, quien conociendo toda su historia no supo llegar hasta donde llegó su compañera de banco hablándole desde lo

vivido, y no desde lo teórico.

La señora se tomó un tiempo para poderse levantar del lugar y agradecer la compañía del extraño, un momento de que conexión que Oscar ignoraba que ella lo guardaría como recuerdo un eterno por haber tocado un triste corazón que merecía una nueva oportunidad.

Oscar se movió detrás de ella, sin pensar mucho caminó hasta una parada de ómnibus que estaba en la esquina de la vieja plaza, subió a uno que recordaba a duras penas su itinerario y partió hacia su antigua escuela.

En el bus se escuchaba una recordada canción que hablaba de los sueños *You say i'm a dreamer, we're two of a kind, both of us searching for some perfect world*, decía en parte de la letra, Oscar sentía que lo que aquella señora le había dicho acerca de los sueños, y sobre cómo la vida pasa mientras le prestamos atención a cosas que no vivimos, eran ciertas, pero no cambiaría ninguno de sus sueños, los haya tenido dormido o despierto, por una resignada realidad.

El ómnibus siguió, giró, se detuvo, subió y bajó a algunos pasajeros para luego continuar, los caminos le eran irrelevantes a Oscar, él solo ansiaba tener algún lugar donde llegar. Comparó el acelerado andar el transporte con la esencia de la vida: arranca vacío, andando por caminos con curvas y pendientes, a veces frena de golpe y otras veces sin mucho esfuerzo avanza en punto muerto, como disfrutando de aquellos empujones que uno recibe ocasionalmente, recibe personas para que lo acompañe por un rato pero que no sabe cuándo ni dónde bajarán, algunas quedarán por más tiempo y otras solo por algunas cuadras, a medida que va acercándose a su destino cada vez cuenta con menos personas, hasta que llega a su parada, vacío como arrancó. Nadie puede predecir cuánto tiempo tendremos en nuestras vidas a las personas que nos acompañarán, pero de todas las personas que podemos llevar con nosotros, que suben y bajan, siempre habrá una o dos que harán que deseemos que el camino sea más largo.

Oscar entendió que tenía a esa persona con él, María, su viejo amor de enero con quien pasó miles de noches de luna contando al viento sus sueños futuros, y aunque haya bajado de su vida hace bastante tiempo, seguía siendo el recuerdo vivo por el que quería seguir viajando mientras acumulaba historias que él creaba a su lado.

Pasó frente al recordado colegio, el grafiti con su firma ya no estaba allí, todo se había transformado, pero en esencia su juventud permanecía allí, siguió unas cuadras más hasta que decidió bajar. El cielo oscuro destellaba avisando que estaba a punto de llover, Oscar se apuró para dar unas vueltas por las cuadras que le significaron mucho en tiempo donde vivía el sueño de la inmortalidad juvenil. Las primeras gotas comenzaron a caer reflejando el colorido de las luces de los vehículos que pasaban sobre

el asfalto mojado, se dejó empapar con gusto con las puntiagudas gotas frías de aquella lluvia de mayo, sintió el miedo a sentirse lejos de todo estando parado en las calles que fueron testigos de sus años más felices, vacías y frías, con la libertad de poder ir a cualquier lugar, sin destino a donde llegar. La lluvia se intensificó y buscó refugio en una estación de servicio, ingresó dando golpes con los pies en la vieja alfombra de bienvenida que tenía el lugar para escurrir las gotas que quedaron en él. Fue hasta el mostrador y miró el menú sobre la pared detrás del joven que atendía el local, quedó ahí parado por un rato largo tratando de encontrar algo que comprar para tener una excusa con la que quedar resguardado hasta que la lluvia cese. Pidió un té de hierbas y panes integrales a medio tostar, se sentó en la mesa más cercana al gran ventanal que daba a la calle y observó a la gente correteando para esconderse del temporal, una imagen tétrica y empañada se distorsionaba con las gotas que resbalan sobre el vidrio. Se sumergió en la melodía de la música de ambiente del lugar, una canción lenta que acompañaba los movimientos coordinados de las siluetas oscuras de los árboles en el horizonte, un baile improvisado que le recordó a aquellos abrazos silenciosos con María con los que se inventaban canciones para bailar al compás del viento. Recordó el día en que la perdió, la noche en la entre miles de oportunidades eligió huir con mentiras creyendo que era la manera de poder tenerla un rato más, una desvirtuada realidad que carecía de responsabilidad, nunca creyó que después de tantos juegos en los que terminó abrazado a su amor esa sería la última vez, una charla, mucho silencio y un cumpleaños que se tiñó de despedida para los dos. ¿Se habrá acordado María alguna vez de él después de aquél día? ¿Habría sentido sus abrazos en la distancia como lo solía hacer? ¿Habría cerrado los ojos para bailar lento otra vez? Oscar buscaba respuestas que no podía responder, preguntas que para él tenía una respuesta segura para cuando se lo hagan a él; si, todo el tiempo, desde hace 12 años.

Acabó con la comida que había pedido y se alegró de haber sentido que el miedo que tenía por volver a su ciudad se había desaparecido, el miedo de no reconocer nada, de encontrarse con un nuevo mundo, de sentirse perdido. Recordó las palabras del taxista que le llevó al aeropuerto: podemos cambiar, todo a nuestro alrededor puede cambiar, pero un sentimiento real nace para ser eterno, no muere, ni por más que pasen mil años. Ciertamente no le cabían dudas de que por más que todo haya cambiado, todo seguía ahí. En el lugar donde se levanta el lujoso condominio todavía lleva en él la esencia de las tardes entre amigos donde Oscar vivió miles de historias sentado en los viejos bancos bajos los faroles, la nueva fachada del colegio seguía teniendo anécdotas entre sus paredes que seguirían allí por más que Oscar no volvió a pisar la institución, era parte de él, era parte de su mundo de recuerdos, y María, invisible y distante, seguía siendo dueña de la carretera por el que no quería dejar de transitar. Y no es que no haya tenido otros romances, abrazó muchos brazos que le regalaron días de alegría, pero seguían siendo pasajeros que podrían bajar en cualquier momento de su vida,

agradecido con todas las personas que formaron parte de los momentos más suyos, pero no llegaban a ser el suspiro que llegaba hasta la luna como María lo era.

Fue hasta la parada de bus tarareando la canción que le recordaba a ese momento, *However far away i will always love you, however long i stay i will always love you*. No tardó mucho en llegar el bus que le regresaría a su casa, subió y se ubicó al fondo del transporte, las ventanas seguían empañadas por la lluvia que había pasado por lo que decidió cerrar los ojos y se puso a jugar como antes a adivinar en qué punto del trayecto se encontraba, recreando e imaginando las galerías de su pasado, cada esquina, cada semáforo, trayendo a su mente el paisaje por donde recorrió tantas veces haciendo de las noches un día despierto.

Llegó a destino mucho más rápido de lo que le tomó el primer viaje, las calles estaban vacías y en silencio, la luna sobre él en su punto más alto indicaba que estaba cerca de la medianoche, su cuerpo sentía el cansancio de todo el trajín del primer día, encendió otro cigarro mientras caminaba por las cuadras de su barrio, algún que otro perro soltaba ladridos acompañando el sonido de sus pasos sobre las veredas aún mojadas. En su casa ya reinaba la tranquilidad, en la sala principal había rastros de una fiesta de bienvenida de la que no fue partícipe, la computadora que seguía aun encendida sobre la mesa de cristal tenía abierta la sesión de fotos del primer año de su último sobrino, lo miró con el engaño de haber creído ver a un niño similar al que no salía de su cabeza, con la sonrisa más contagiosa e inocente de todas, el peinado de costado que le daba un flequillo pronunciado que no llegaba a tapar sus ojos claros grisáceos de destellaban un gran amor. Bajó la tapa de la computadora dejando el lugar a oscuras, fue directo a darse una ducha para entibiar su cuerpo antes de dormir, al llegar a la habitación vio la cama preparada por su madre como solía desde siempre, se acercó a la ventana a mirar la luna una última vez, soltó el suspiro que no podía evitar dando el abrazo lejano que se llevaba el momento hasta María. Sacó la piedra de río que estaba en el bolsillo de su gabán colgado sobre una de las puertas del viejo ropero y se acostó mirando el techo apretando fuerte su puño con su amuleto en él. Se quedó hablando consigo mismo una vez más, soñando y reviviendo momentos por los que daría todo para volver a tener la oportunidad de hacer las cosas de otra manera. Secó la lágrima que se iba formando sobre sus ojos y se colocó de costado para rendirse y dormir. Un mensaje en su celular alumbró toda la pieza, sacó a Oscar del trance en el que estaba entrando y sin querer darle mucha importancia estiró su brazo para apagar el celular. Un número extraño estaba a la cabeza del montón de notificaciones, el momento se congeló y la garganta se le cerró.

- Hola. Soy María, me enteré que estás por la ciudad, quiero conversar

contigo uno de estos días, avísame si podés.

Oscar no supo reaccionar, María seguía ahí, todo lo que sintió, soñó, guardó, amó y esperó por tanto tiempo se transformaba en una nueva oportunidad. Los miedos, los recuerdos, los fantasmas, las dudas, las ausencias, dejaron de pesar, María estaba ahí. Como aquella primera vez en que sus corazones se unieron su cuerpo comenzó a temblar. No sabía qué esperar, no sabía cómo actuar, no sabía qué decir, pero tenía la certeza de que esta vez no la dejaría ir, sus sueños no bastaban cuando podía haber nuevos recuerdos, sus canciones al viento no servían si podía volver a bailar con ella, las fotos eran nada si podía volver a sentirla cerca. Nadie, ni Oscar, podrían asegurar un futuro donde todo sea como soñó, pero ese mensaje fue más que todo lo que él desde su soledad podía crear. No hubo distancia ni tiempo que los haya separado, él la buscó en sus sueños, en silencio, y la amó a escondidas pretendiendo dar espacio para que María comience una nueva vida, pero ella la encontró en el mundo en el que se conocieron, dando oportunidad a que nueva historia comience, logrando que sus corazones vuelvan a latir al compás de una canción para siempre *Don't dream it's over*.